

# PASADO EL RIO...

D<sup>O</sup> Engrandecimiento de Bilbao en los últimos quince años,

POR

*Adolfo de Aguirre,*

CON UN PRÓLOGO

DE

*Florete.*



BILBAO.

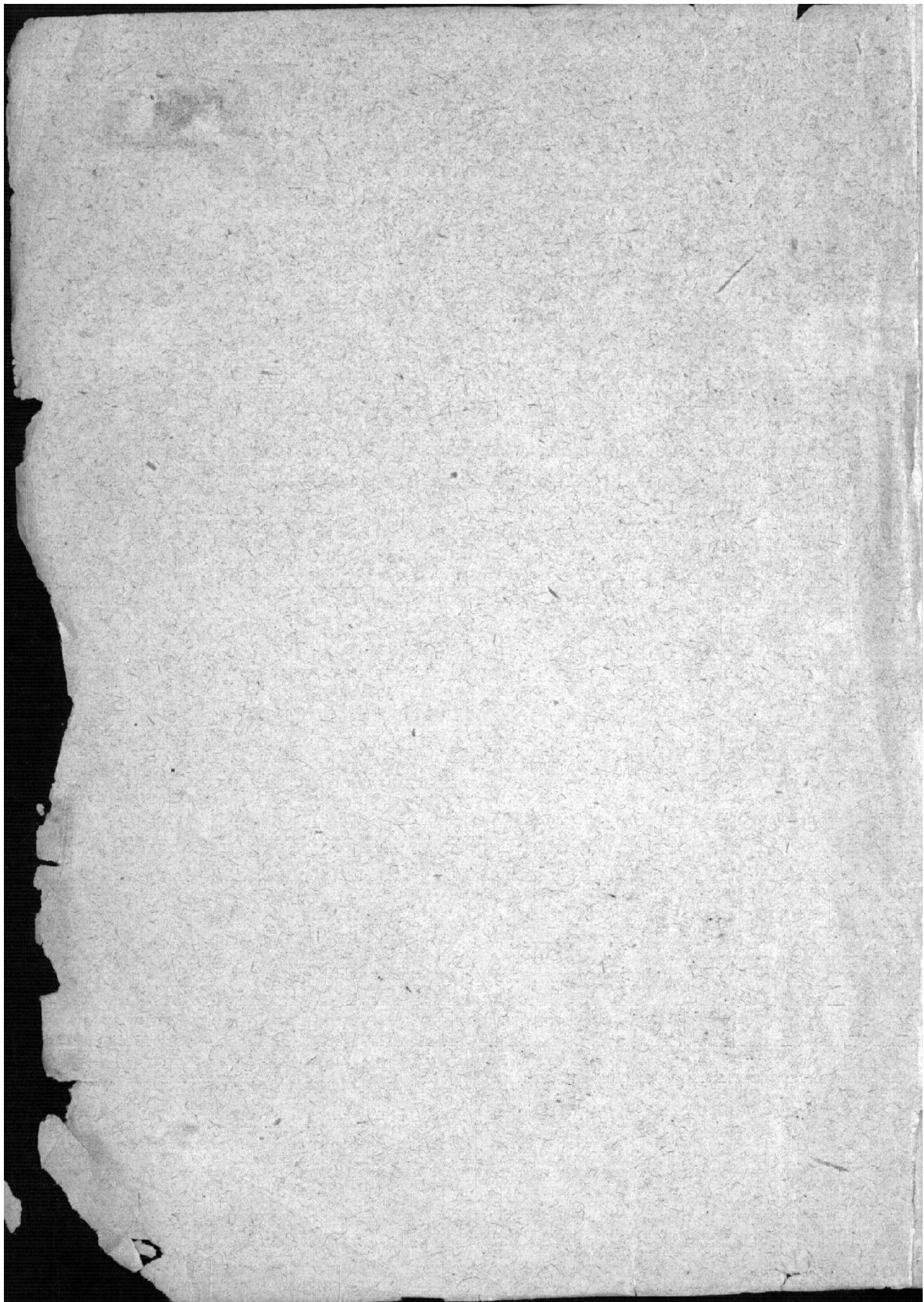
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE P. VELASCO, RIBERA 15

1891.



TU

872

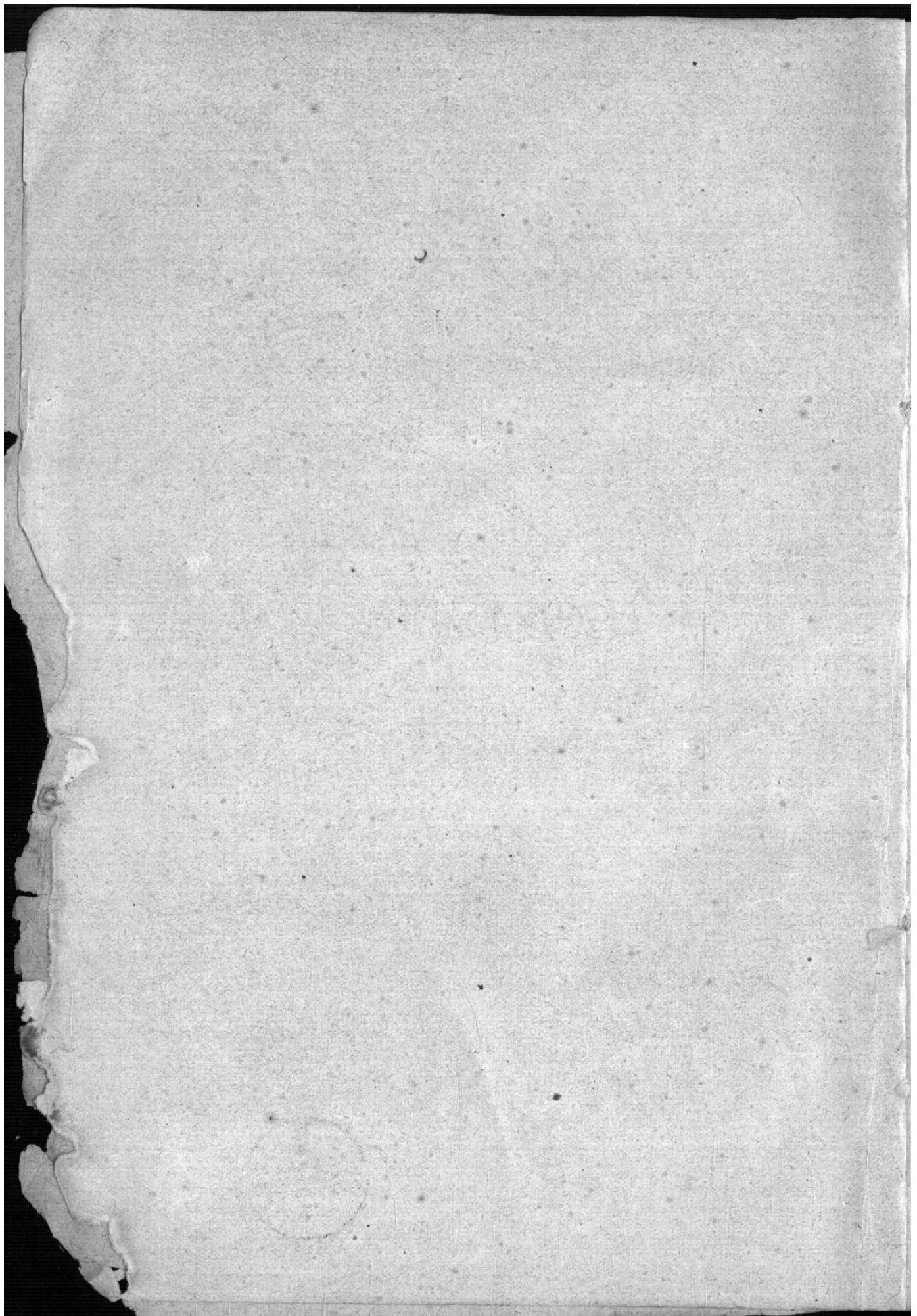


474

A Federico de Uragoán  
su primo  
Adolfo

PASADO EL RIO...





H- 12080  
R - 37228

ATV  
18723

# PASADO EL RÍO...

Engrandecimiento de Bilbao en los últimos quince años.

POR

*Adolfo de Aguirre,*

CON UN PROLOGO

DE

*Florete.*



BILBAO.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE P. VELASCO, RIBERA 15

1891.

31 JUL 2011

## PRÓLOGO.

---

**N**o deja de ser extraña la misión de que estoy encargado.

Yo, nacido allende el Ebro, en la capital donde tuvo asiento la cuna del austero Felipe II, y del insigne vate gloria del Parnaso español D. José Zorrilla, me dispongo á presentar ante el público vizcaino á un escritor eximio que pasó su juventud en este noble solar del que, bien á pesar suyo, permanece alejado.

Orgulloso encuéntrome con este mi honroso cargo y aunque exhausto de merecimientos para desempeñarlo, acometo la empresa sin vacilación ni tibieza, confiando en que la sana intención que me inspira, escliará mi paso atrevido.

Héme, pues, anunciando la publicación de un libro que ha brotado con espontaneidad y lozanía, de la peña bien tajada del SR. D. ADOLFO DE AGUIRRE.

Han transcurrido algunos meses desde que los primeros artículos de la colección vieron la luz en las columnas de **El Diario de Bilbao**, y aún se halla grabada indeleblemente en mi memoria la pregunta con que me saludaban algunos lectores curiosos para quienes no pasó inadvertido el mérito que encerraban aquellos trabajos: «¿Quién es ADOLFO DE AGUIRRE?»

— ADOLFO DE AGUIRRE,— replicaba yo con invariable uniformidad,—es un *chimbo* de corazón, un jurista distinguido, un literato notable.

La generación que camina penosamente hacia el

ocaso, fija la mirada en lo porvenir y cargada con el bagaje de lo pasado, recuerda el nombre de ADOLFO DE AGUIRRE con cariñosa complacencia y no pocos bilbainos respetables y enemigos de prodigar elogios ditirámicos, se hacen lenguas del autor de PASADO EL RIO... encomiando su vasta iustración, su claro talento y su honradez acrisolada.

La generación que se halla en la plenitud de la vida, bañada con los purísimos rayos de un presente rico en ilusiones, no conoce el nombre de ADOLFO DE AGUIRRE. En un pueblo como Bilbao donde resulta añeo lo que se realizó hace un lustro; donde se renuevan los habitantes incessantemente; se alteran las costumbres tradicionales, se transforman como por arte de encantamiento las viviendas y se hacen marchas forzadas por la senda del progreso material é intelectual, no es de extrañar que se borre el recuerdo de una persona cuyos actos de notoriedad nos precedieron en muchos años.

*Al pasar el río...* escribió el Sr. AGUIRRE antes de que la villa fundada por el ilustre Lopez de Haro se metamorfosease por modo tan radical, y su instinto superior vaticinó, con profundo conocimiento de los hombres de su siglo, las maravillas reformadoras que se habían de operar en la zona de Albia.

Profeta iluminado por una presciencia hija de su entendimiento bien cultivado, los augurios que reflejó en sus escritos de *in illo tempore* se han cumplido con exactitud pasmosa.

La serie de galanos artículos que hoy coleccióna la redacción de ***El Diario de Bilbao***, son fruto de la observación finísima y escrutadora del Sr. AGUIRRE, y retratan con perfiles irreprochables cuanto el distinguido escritor ha contemplado al regresar á los patrios lares tras larga ausencia.

PASADO EL RIO... es una recopilación de impresiones vivas que el autor ha recibido al visitar el cas-

co nuevo y el casco viejo de Bilbao: impresiones descritas en forma deleitosa y lenguaje escogido, brillante que ubyuga al lector y le hace admirar los artísticos periodos de prosa castiza, exornada con giros elegantes que abundan en el trabajo del Sr. AGUIRRE, y revelan á un literato repleto de erudición.

De la minuciosa descripción que traza en los artículos hoy reimpresos, surge la silueta del Bilbao modesto, tranquilo, patriarcal de la primera mitad del siglo XIX con su absoluto alejamiento de las luchas políticas y mercantiles, sus construcciones severas, su intransigente división de clases, y sus costumbres morigeradas; formando singularísimo contraste con el Bilbao de nuestros días, en el que la exuberancia de movimiento comercial, el estridente ruido que producen los silbidos de las locomotoras y las sirenas de los barcos, la confusión de clases que el talento y la fortuna han nivelado, y el desarrollo asombroso que los edificios particulares y oficiales han alcanzado, le prestan animación inusitada y le dán aspecto de floriente capital impregnada de «modernismo».

Todo lo ha pintado con rigurosa fidelidad el discípulo de Themis, y brillantes colores encerrados en líneas correctas, sazonando su obra con donairosas ocurrencias, chistes cultos y toques filosóficos, que avaloran sus escritos. Lo trivial y lo importante, lo nimio y lo ingente, lo bello y lo anti estético, todo, en fin, cuanto se relaciona con el renacimiento de la I. villa, lo describe concienzuda e ingeniosamente el Sr. AGUIRRE, elevando el espíritu á las serenas regiones del arte, y enseñando, al propio tiempo, de lo que es capaz un pueblo laborioso, entusiasta y rico, cuando se lanza por el camino del progreso aceptando cuantos adelantos le ofrecen de consumo la ciencia, la industria y las artes.

---

—¿Por qué no co'lecciona V. en un folleto esos in-

VIII.

teresantes artícu'os?—me han dicho una y otra vez, cariñosos amigos míos, que sin conocer al autor de ellos, le admirán.

Y yo que no soy hombre que eche en saco roto los consejos oportunos y las ideas que envue'ven un proyecto admisib'e y rea izab'e. he so icitado 'a autorización competente de D. ADOLFO DE AGUIRRE,—quién con modestia que le enaltece, ha puesto en duda si sus escritos merecian lo que él llama «honrosa distinción»;—y obtenida su vérnia, hé aquí la colección de artículos PASADO EL RIO., digna de figurar en la biblioteca de todo *chimbo* amante de su tierra.

Diciembre: 1891.

*Florete,*





## I.

*Ille ego qui quondam.*

**G**STÍMULO vehemente que dá interés á la vida es la curiosidad de conocer cosas nuevas y de alcanzar tiempos diferentes; la cual conviene mantener viva, sino se ha de caer en el marasmo que produce el bíblico pesimismo del *omnia vanitas* renovado por Leopardi, que proclamaba *l' infinita vanita del tutto*. Pero el conocimiento y el vivir tienen para cada hombre límites ineludibles. Ni lo puede saber todo, ni ha de sobrevivir á su época. Conténtese con aprender lo bastante para adquirir la seguridad de que se puede saber y se sabrá más, y dése por muy satisfecho si la suerte le ha deparado nacer y vivir en una edad, en que la transformación del mundo, á su vista operada, le permiten fantasear lo que podran ser los cambios y

progresos futuros, como caminante á quién faltándole fuerzas para entrar al fin de su viaje en ignoradas tierras maravillosas, negadas á su deseo, sube á elevada cumbre y desde ella contempla extasiado las risueñas perspectivas, los extensos horizontes hacia los cuales se dirigen otros peregrinos más jóvenes y robustos, y que él solo puede saludar desde lejos al anochecer de su jornada.

El movimiento es vida. Y ya que ésta no pueda, para la generalidad de los hombres, dilatarse en extensión, si logra acrecentarse en intensidad, si por lo rápido de la evolución verificada, realizó en pocos años lo que en tiempos más lánguidos y mortecinos requería larguísimos periodos de tiempo, produce tan eficaz conciencia de la energía y del poder humanos, de tal modo varía y engrandece la serie de hechos en que se manifiestan, que el efímero mortal de las lamentaciones bíblicas alcanza en realidad, si la vida se ha de medir no por el número de días, monótonos y descoloridos, sino por la abundancia y vigor de las sensaciones, de los sentimientos, de las ideas, mayor longevidad que la tan ponderada de los patriarcas legendarios.

De esta prolongación de vida disfrutan, como regalo maravilloso de hada benéfica, los que han podido presenciar la transformación, el desarrollo extraordinario que desde hace treinta años ha tenido la villa de Bilbao, la cual en el espacio de una generación ha ganado en crecimiento, en población y riqueza, en actividad industrial y mercantil, mucho mas de lo que consiguió en los tres siglos y medio que llevaba de existencia desde que la fundó D. Diego López de Haro.—La villa actual, cuya pléthora de vida derrama en creciente caserío por ambas orillas del Nervión, el cual en el siglo que viene acaso verá todo su valle, desde Ripa hasta el mar, convertido en extensa población comercial y fabril, excede tanto en adelantos y animación á la villa de 1862, como ésta superaba al antiguo y pobre arrabal llamado “Bilbao la vieja” ; aunque de tal manera encerrada todavía por los montes y el río dentro de su reducido término, rigurosamente limitado por la anteiglesias vecinas, que no le quedaba espacio para desarrollarse, ni desahogo para vivir, ni casi jurisdicción donde ejerciera autoridad el bastón de su Alcalde.

Y lo particular es que estaba tan bien hallada, tan ufana y tan contenta con su pequeñez y su

pulcritud de *tacita de plata*, su mercado de la Plaza Vieja con blancos toldos de lona, de cestas de hortaliza por el suelo, limpiamente empedrado, con aldeanas de saya abigarrada y señores desocupados que curioseaban y con frecuencia escogían lo mejor de la caza, la pesca y las primicias hortenses que se ofrecían á la venta; su paseo del Arenal, frondosísimo, pero sin buques atracados al muelle; sus aseadas calles, que ni ruedas ni carriles estropeaban; tan deseosa vivía de continuar siendo lo que era, como si nada mejor pudiera ser, que cuando al mediar este siglo un hombre ilustradísimo y bien intencionado, tuvo y realizó al frente del municipio el pensamiento de construir, donde antes solo existían barcas de pasajes, un puente que pusiera en comunicación el muelle del teatro con la orilla opuesta, se le consideró por muchos como innovador temerario, como revolucionario peligroso á cuyo proyecto—que fué el principio del ensanche y engrandecimiento de Bilbao—se le hizo tenaz oposición.

Y un articulista, más amigo de árboles que de paredes que, en aquella sazón *al pasar el río*, saludaba á la villa y sus nuevos destinos en el *Trurac-bat*,—aquel periódico de nuestra juven-

tud, del cual parece que nos separa un siglo—intercediendo por la belleza campestre de las *estradas* y las *campas*, suplicaba á la creciente villa que limitara en lo posible el exceso de paredes y de mampostería. Aunque el citado escritor claramente veía el cambio que se iniciaba entonces y que, en efecto, se ha realizado ya bien completamente como puede verse. «Bilbao —decía—se encuentra ahora en una época de transformación: salvando los antiguos límites que en estrecho recinto lo encerraban, ha puesto el pié en la otra orilla del río; y dado el primer paso, que es, según dicen, el que cuesta más, ¿quién puede prever hasta dónde llegará? A la primera variación seguirán luego otras y otras, nuevas cosas reemplazarán las rancias costumbres, los hábitos de antaño cederán el paso á modas más del día; y cambiada en poco tiempo la fisonomía moral y material de la población ¡adios la antigua villa!»

Contribuyó poderosamente á este cambio un suceso, importantísimo en la historia de su crecimiento, ya por entonces preparado, pero que no se realizó sino algunos años después: la anexión á la villa de una parte considerable de la anteiglesia de Abando, con otra, aunque menor,

de la de Begoña. Mientras no ocurrió esto—y á costa de cuantos esfuerzos, de qué perseverancia, podrán decirlo algunos de los bilbainos de previsora iniciativa que participaron en la empresa de llevar á cabo el contrariado curso y múltiples episodios de aquél dificultoso expediente—era imposible someter á impulso y dirección eficaces los planes de engrandecimiento que la villa meditaba. Ni aun el paso del río en dirección de la planicie frontera, estaba franco y resueltamente asegurado; porque si bien existía ya el puente del Arenal, no le pasaba todo el que quería, sino el que pagaba *un cuarto* por pasar; peaje que por su índole, que hoy parece invención de arbitrista anticuado, y hasta por la moneda, que en él pleno reinado de los perros grandes y chicos, suena á imaginaria, no se comprende ahora, y realmente constituía un obstáculo para el libre paso y desembarazada circulación.

Esta traba perjudicial y curiosa antigua allá desapareció por fin el año 1870, en que, realizado legalmente el ensanche de sus términos jurisdiccionales, tomó Bilbao posesión de la opuesta deseada orilla, y en el acto mismo el famoso *cuarto del puente* quedó suprimido por el

Alcalde que tuvo la satisfacción de realizar aquel progreso.

Los años, los adelantos realizados, la posibilidad de dar satisfacción á las crecientes necesidades y aspiraciones, no solo de la villa, sino de toda la región circunvecina han venido á demostrar la previsión acertadísima, la suma utilidad de aquel ensanche; hasta el punto de que sus antiguos adversarios, reconociendo su bondad y su alcance beneficioso para todos, han completado la fecunda transformación, viiniendo la anteiglesia de Abando, por propia y espontánea voluntad á unirse, toda entera, á la villa de Bilbao; anunciándose ya que la de Deusto quiere hacer lo mismo.

De modo que al cabo de los siglos, va á tener la villa los propios términos, muy extensos, que le señaló en su carta-puebla el fundador Don Diego. De quien por ende habrá que decir, que si tuvo el año 1300 un vislumbre siquiera de lo que andando el tiempo había de llegar á ser su villa, fué el hombre más previsor del mundo y pudo apostárselas á vidente y adivino con el más pintado.

En lo que no cabe duda es en afirmar que, si vuelto á la vida por permisión del cielo, pudiera

un día el ilustre prócer bajar de su pedestal de la Plaza Nueva, y darse un paseo por la ribera del Nervión, desde donde estuvo el Puente Viejo (que él no alcanzó, como que no se construyó, sino en tiempos de Don Juan II), hasta Portugalete, quedaría atónito, espantado ante la extensión, riqueza y poderío que ha logrado aquella aldehuella que con nombre de villa fundó él de la parte de Begoña en un rincón del río que se llamaba *puerto de Bilbao*; y más todavía al contemplar á lo largo de ambas orillas, de todo en todo trasformadas por la construcción de muelles y en la propia ría, cuyo cauce y dirección tanto han variado desde aquel entonces, resonar con trabajo incesante enormes ferrerías, correr velocísimos arrastrando convoyes de otros muy cargados, carros de fuego, y navegar, sin remos ni velas, ingentes naves movidas de oculta fuerza poderosa, á cuyo lado no eran sino cáscaras de nuez las galeas que Don Diego había visto en los cercos de Gibraltar y de Algeciras: artificios asombrosos, obra de brujería sin duda, que podrían persuadir al pasmado señor que andaba el diablo suelto en Vizcaya, sino echará pronto de ver, como advertido, que los espantables endiablados ingenios, tiznados de

carbón, resonantes con temeroso estrépito, envueltos en fulgurantes llamas y negras humaredas de infernal apariencia, en resolución producen resultados tan útiles, realizan tanto bien en provecho de la villa y de la tierra llana que, lejos de ser engendro del enemigo malo, son invención y trabajo de génios benéficos que merecen la bendición de Dios y el aplauso de los hombres.

«¡Válgame Santa María de Begoña!—pensaría el de Haro.—Dijera que esos omes negros como la tizne, que juegan con fuego tan furioso como no enrojeció jamás las propias calderas de Pedro Botero, y trabajan el hierro á su voluntad tan aína como si fuese blanda cera, son los mismísimos demonios.—Y con todo y con eso, al ver las maravillas que obran, ni eran mejor intencionados ni más sabidores los génios de las historias granadíes, ni, estoy por decir, que hicieran más por obra y gracia de su ministerio aquellos ángeles rubios de los altares, tan apuestos y hermosos, cumplidores de la divina voluntad.»

Y por este camino, andando en poco tiempo largo trecho, quizá llegase á sospechar Don Diego, sin penetrarse de la conformidad de su

pensamiento con las de algunos escritos modernos, que los diablos de su tiempo, tan feroces y tan feos, indultados por misericordia de Dios, reducidos á obediente y más honrada condición, han ido perdiendo poco á poco los cuernos y el rabo y llevan ahora vida más arreglada y fecunda, sirviendo de auxiliares poderosos á la blanca legión luminosa de ángeles, arcángeles y serafines.

Con lo cual y con la confusión que no puede menos de causar en un cerebro del siglo XIV, aunque sea de bronce, tal cúmulo de novedades y portentos, no sería de extrañar que al antiguo señor de Vizcaya se le pasara la hora y se extraviara paseando por la villa, hasta que topando con él á deshora algún sereno,

Súbase—le dijese—súbase vuesa merced á su pedestal, que se hace tarde para un señor de tanta formalidad y respeto y cuídese de no volver la espalda á la Diputación, porque dicen los sabios antiguos, que eso es contrafuego, y vuesa merced no querrá dar tan grave disgusto á la *Fus-kulerría*, aunque rabien los críticos y artistas que dicen que peor es que tan claro varón se muestre enemigo de la claridad, volviendo á los rayos solares la parte posterior de su noble persona.

Esto no es ver visiones, ni soñar imposibles, sino pura realidad. Pues aunque no es posible que Don Diego pueda ver y comparar la de su tiempo con la de hogaño, ni pasear por los muelles, ni dar que hacer y que hablar á valedores nocturnos, el juicio que él formaría por impresión directa, si levantara la cabeza, pudiéndolo formar por reflexión con solo refrescar historias y recuerdos, cualquier discreto observador, aunque no sea señor de Vizcaya, ni de la ilustre progenie de los Haros, sino modesto pero curioso burgués.

Entre las antiguas villas de Bilbao y Portugalete, á lo largo del río, se han marcado hace tiempo y van engrosando rápidamente, centros de población, que á la vuelta de pocos años han de ser barrios populosos, tan extensos y próximos, que entre todos, lindamente separados por arboledas, huertas y jardines,—como las casitas que los niños esconden entre musgo,—formaráse una gran ciudad, que á su importancia y florecimiento reunirá el agrado amenísimo, que pedía para las ciudades cierto candoroso entusiasta por la belleza rústica, de ser una población *edificada en el campo*. El ensanche es ya nueva villa compuesta de recien construidas barriadas

pobladísimas, de cómodas y lujosas viviendas, de casas de campo y aun de palacios soberbios construidos á la vera de la *gran vía*, cuya anchura parece proporcionada á la grandeza de las aspiraciones de la villa, que ya piensa llegar á San Mamés.—A la fila de *hoteles* elegantes del Campo de *Bolantín*, se contrapone enfrente el grupo de construcciones mercantiles de Uribitarte.—La ribera de Deusto, tiempo hace poblada de casas de limpio y ruiseño aspecto, ha de crecer también aprovechando la hermosa exposición de su vega.—Al núcleo de Zorroza han de dar fuerzas el Nervión, el Cadagua y el ferrocarril de Valmaseda, que allí acaba de asentarse su estación.—El Desierto (que continúa llamándose así, á pesar de ser, por mar y por tierra, uno de los términos más poblados de Vizcaya), constituye con los nuevos barrios de Sestao y las famosas fábricas y astilleros que en su inmediación se van levantando como por ensalmo, un centro de población considerable, que en todas direcciones irradia animación y vida.—Las graciosas casitas que entre pinares han brotado de las antiguas marismas, aumentan cada día, y forman ya en Lamiaco, con su establecimiento de baños, su iglesia nueva y su fe-

rrocarril, otra comenzada población que rivaliza con la frontera villa de Portugalete; la cual asentada en la orilla izquierda, al pie del bien perfilado Serantes, muestra orgullosa el señoril aspecto decorativo que le prestan su iglesia en lo alto, su flamante casa consistorial en la plaza, y la lucida hilera de casas formada á lo largo del muelle ahora justamente llamado de Churruga.

En tanto Algorta, en la costa norte del abra va creciendo, y pronto ha de enlazarla con Bilbao y Plencia, acrecentando su prosperidad, el prolongado ferrocarril de Las Arenas y cuando se termine—que si se terminará, aunque parezca un sueño á los que no estamos familiarizados con las titánicas empresas del trabajo moderno—el grandioso puerto exterior, de cuyo activo comienzo dan testimonio los enormes *bloques* que la sociedad constructora fabrica y embarca en el muelle de Axpe para fundar el colosal rompeolas, ha de ser tal el movimiento, el tráfago, la riqueza, la vida que produzca, que todos los pueblos formados en su circuito—Portugalete, Santurce, Algorta, Las Arenas,—han de lograr tales medios y ganancias, que no es aventurado afirmar que en pocos años ha de existir una población nueva en la embocadura del Nervión.

Para que empresa tan grande se realice, para que puedan ver concluida nuestros hijos obra tan hermosa, no ha de faltar el principal elemento, la riqueza, pues no es de temer que de la noche á la mañana se agote el mineral de hierro, savia engendradora de tantas maravillas; y es de esperar también que otras industrias que ahora se van creando podrán suplir más adelante las menguas que, en el laboreo de las minas y exportación de la vena pudieran sobrevenir.—Otra condición indispensable se requiere para que el trabajo inteligente, el mágico prodigioso de los tiempos modernos, ayudado del capital, logre llevar á término feliz tan atrevidos proyectos, tan útiles transformaciones: que no haya alteraciones en nuestra patria, que no estallen guerras que paralicen y malogren sus tareas, y que en el más largo periodo posible, logren paz en la tierra los hombres de buena voluntad.





## II.

**A**Bilbao le ha sucedido lo que á todos los *pueblos* que prosperan. Los obreros acuden allí donde abunda el trabajo y logran buenos jornales; el capital, el espíritu de empresa, la actividad mercantil, el talento industrial, á los centros que ofrecen negocios y ganancias.

La población aumenta, el caserío que ha de alojarla, tiene que crecer en la misma proporción; la ciudad se extiende.—Pero esta misma extensión se convertiría en rémora de ulteriores *progresos*, si el obstáculo que al trabajo, á la facilidad de las transacciones y á las exigencias y comodidad de la vida urbana oponen las mayores distancias que van resultando entre los centros activos de una misma población, no se venciera con el adelanto y superior *y* eficacia de los

medios de locomoción y de transporte.—Por eso en las orillas del Nervión se han desarrollado éstos de una manera notable.

Para los que alcanzaron los tiempos en que no podían rodar los carruajes por el muelle de la orilla derecha, que sólo venía á ser entonces un camino de sirga, el afirmado de la carretera general que se construyó desde Bilbao á Las Arenas, franqueando el paso á las ruedas, fué mejora utilísima, á que correspondió otro camino real que por la orilla izquierda se abrió hasta Portugalete y Santurce.

El movimiento de ómnibus y coches que se inició á poco por estas vías, demostrando prácticamente cuanto aumenta el número de viajeros, con la facilidad de los viajes, aseguró ya qué desarrollo podía llegar á tener con el tiempo aquel incansante ir y venir.—Pero los cálculos más alegres y optimistas de entonces se quedaron muy cortos respecto al aumento extraordinario que ha llegado á tener el movimiento de viajeros en la cuenca del Nervión hoy, que existen en sus riberas dos tranvías y dos ferrocarriles en plena actividad—sin contar otros ya construidos y algunos más que ahora se proyectan, los cuales van á formar pronto en Vizcaya una

red de carriles que enlazarán á Bilbao, en todas direcciones, con las principales villas del antiguo Señorío, con las provincias vecinas, y por línea más directa que la actualmente usada, con la frontera francesa.

Años hace ya que el ferrocarril Central cruza el Duranguesado, cuyos habitantes se han aficionado tanto al rápido viajar, que parece que nunca han hecho otra cosa, y que el moderno y no muy ortodoxo andar *al vapor* (by steam and rail) es costumbre añeja de las que *habían de Fuenyo y establecieron por ley* en su código famoso; y de la cual no se quejarán los accionistas, que cobran pingües dividendos, ni toda aquella tierra vascongada, que ha visto ya culebrear y alargarse los carriles hasta enlazarse con los del Norte en Zumárraga; y llegar los trenes por otro ramal que ha brotado de sotolayo, al pie del mismísimo Arbol de Guernica; y ve ahora cómo picas y barrenos trabajan afanosamente en abrir á las máquinas viajeras comunicación más directa entre las dos capitales vizcaína y guipuzcoana.

Por el lado opuesto ya resuenan las orillas del Cadagua con el incansante rodar de los vagones, por los que Valmaseda se ha acercado al Nervión.

Pronto llegarán á la Montaña, que se adelanta á recibirles y no han de parar hasta los valles asturianos, si es que paran allí y no ceden al afán propio de todo lo que vive y se mueve, de llegar hasta el fin, hasta *el fin de la tierra*, que pusieron los romanos en el extremo noroeste de Galicia.

El Soja y el Nervión, que hasta ahora apenas se han conocido ni de oidas, darán de beber en pocas horas á la misma máquina, trabajarán juntos en la obra del general adelanto como buenos amigos, y por los montes de Cantabria tenderán al viento <sup>las locomotoras</sup> sus blancos penachos de vapor regocijados como gallardetes de fiesta.

No hay pueblo que no quiera adornarse con ellos. Plencia espera ya impaciente la prolongación del ferrocarril de Las Arenas, que ha de llevar á su pulcro pero silencioso caserío la animación que ahora le falta; Munguía no quiere ser menos; Bermeo, la antigua villa de la costa, tan rica en recuerdos como en marinos animosos, merecedora de un porvenir que corresponda á la importancia de su pasado, presta oido atento para distinguir sobre el rumor de las olas de qué lado se le acerca al fin, silbando aguda y respiran lo fuerte, la primera locomotora que ha

de brindar á sus hijos facil pasaje por todos los rumbos terrestres. ¿Qué más? Por la verde ladera de Archanda amarillean ya los desmontes y terraplenes de una nueva línea que ha recibido de los joviales comentaristas de cuanto ocurre y se hace en torno de la villa, el nombre de *ferrocarril de cazadores y lecheras*. Tenga Dios á estas de su mano y no permita que, subiéndoseles á la cabeza los humos de aquel viajar amigo de llegar aprisa, olvidadas de la humildad que exigiera el andar á pie, y estimulada su ambición con las ganancias del creciente mercado bilbaíno, demasiado contentas con su suerte repitan el caso lastimoso de su compañera de las fábulas de Samaniago, agravado por la diferencia terrible que va de un tropezón á un descarrilamiento.

Al pasar revista á las nuevas vías férreas, no hemos de dejar en el tintero otras muy principales: las que llevan al puerto, á los embarcaderos del río, desde los criaderos el mineral de hierro; vías madres, por cuanto ellas son las que han engendrado las demás, y merecedoras por tanto de mención y gratitud especiales; ya que no hay tortilla sin huevos, y antes que quien enseñó á guisarlos dc diversos modos, merece ala-

banza y renombre en la culinaria popular quien los puso á disposición del cocinero.

El dinero ha traído los ferrocarriles de viajeros; pero antes tuvo que convertirse en oro el mineral de hierro; y para que esta maravillosa operación, que en vano buscaron, quemándose las cejas sobre sus embrujados alambiques y cabalísticos libрotes, y hasta vendiendo su alma al diablo, los alquimistas de la Edad Media, fué preciso que trenes de toscos carretones transportaran la roja vena desde las minas de Ortuella, de la Orconera, de Galdames... á la lengua del agua, á los panzudos vapores que tragan por sus escotillas la ruidosa cascada de pedruscos para llevarlos luego á donde se cambian en libras esterlinas. Al aplaudir la limpia y cómoda elegancia de un tren señorito, no nos olvidemos de los ferrocarriles mineros y digamos como el prudente anciano ante los huevos hilados de los reposteros inventores:

*¡Gracias al que nos trajo las gallinas!*

Lo que hay es que, van siendo tantos los que acuden á la villa, tal empeño ponen en acercarse todo lo posible á su centro, y tan escaso terreno queda para situar estaciones, que las ya establecidas ó proyectadas, han tenido y tienen

que ingeniarse para vencer el invencible obstáculo de la impenetrabilidad de los cuerpos y no encontrarse como tres en un zapato. Todavía el ferrocarril Central pudo al salir de las estrecheces del paseo de los Caños, establecer con relativo desahogo su cabeza de línea en un arrabal,—muy frecuentado un tiempo por arrieros y trajinantes, pero del cual se ha alejado después el movimiento mercantil, que sigue hoy otros rumbos,—en la vecindad de la iglesia y del *Puente viejo* que hasta hace pocos años han representado á lo vivo y de tamaño natural el blasón de la villa.

De éste ya solo queda la torre, en cuyo remate voltea *la Giralda*, como buscando en todas direcciones á su desaparecido compañero, á quien ha sustituido otro puente á la moderna, más útil sin duda, y acaso tan elegante, pero que no tiene el prestigio de su antigüedad.

Por el lado opuesto de la villa, el ferrocarril de las Arenas no halló modo de atravesar la Sendeja y hacerse un lugarcito en el Arenal para su estación, y la situó allá sobre las ruinas del famoso convento de San Agustín, como quien dice en el Capitolio bilbaino, lugar hoy ocupado por su flamante palacio municipal; prominente y

de nobles recuerdos, pero que ha hecho preciso construir escalinatas ásperas de subir, sobre todo para el que faltó de tiempo y de respiración llega ansioso en el último minuto para tomar el tren.

La línea de Portugalete ha sabido colocarse con más habilidad. Propúsose llegar hasta el Arenal; y allí, frente al teatro, al pie de la aerópolis formada por la gran estación del ferrocarril de Tudela, que levantó aquel terraplen enorme para salir á él por debajo de tierra, en un trozo de muelle tan angosto, que se hubiera dicho insuficiente para sustentar una caseta de carabineros, ha establecido su apeadero, que si no ofrece grandes anchuras, al fin reune las precisas para que embarquen y desembarquen pasajeros á manta de Dios. Pues dicen que va á haber otra estación aún más extraordinaria, situada por decirlo así, en la guardilla.—Cosa que se comprende perfectamente al mirar desde los vecinos montes á la villa antigua.—En aquel hoyo donde se agrupa el caserío, no se ve más que tejas.—Y es claro: una vía que descienda por la falda de Begoña tiene que bajar á posarse en un tejado.—Y es lo que va á suceder, aunque parezca mentira.—Si los carriles llegan al nivel

de la cumbre de una casa de cuatro pisos, para subir de la calle á la azotea basta un ascensor, y tan perfectamente: *jal coche, señores!* Todo será que los viajeros de los trenes descendentes entren en su casa de arriba abajo. Será una novedad, á que conviene irse acostumbrando para cuando se use, que ya será pronto, el viajar en globo.

De algo cuya vetustez se quiere ponderar acostúmbrase decir que es más antiguo que el andar á pié. Pero ya precisa añadir que el andar á pié, no sólo es antiguo, sino que va siendo anticuado á más no poder.

La primera vez que, años hace, vimos subir á un ómnibus de Las Arenas sardineras de Santurce, que desde tiempo inmemorial recorían á pié las dos leguas de muelle para vender pescado en la villa, nos pareció cosa tan rara, alteración tan profunda y tan significativo anuncio de tiempos nuevos, que dimos por llegada la fin del mundo, es decir, del mundo de nuestra juventud. Y así ha sido.

Del pedestre hormiguear de la gente de entonces ¿qué va quedando ya? Las sardineras encuentran en los tranvías coches especiales para viajar con sus repletas banastas; las caseras de

Deusto, un apeadero donde toman el tren que las lleva al mercado con sus *vendejas*, á gran velocidad; los rubios panecillos de Gordejuela, que á lomo de caballejos, de cuyo ramal tiraban anda que anda y parla que parla conversadoras panaderas, llegaban por el camino real de Valmaseda, pidiendo angulas y chacolí blanco; por los carriles del Cadagua pueden llegar ahora en un decir Jesus, con sus dueñas cuya charla tiene más cómodo teatro en la tertulia de un coche espacioso, el cual no ha de faltar tampoco á las labradoras de Echévarri, de Lemona, de Amorevieta, ni á las que más lejos ven prosperar sus caseríos á la sombra del histórico roble guerniqués para traer á la insaciable capital los primores y hermosa variedad de frutas y hortaliza.

A los marinos no se les hable de caminar á pie; de los que tienen que ir á Bilbao desde Portugalete, el Desierto ó Luchana, si no van embarcados ¿cuántos dejarán de tomar, á cambio de algunas *perras*, el billete que les dá derecho á transportarse pronto y cómodamente en un coche de tranvía, ó á *bordo* de uno de esos trenes, vapores de tierra, que como ellos dicen, llevan el viento en la bodega? Hasta las pasiegas, gente la más andariega de España viaja

ya en ferrocarril—como no las separen de sus cuévanos.

Nada, que va á ser preciso que esté un hombre muy dejado de la mano de Dios ó muy al cabo de sus ahorrros para que se decida pacientemente, á la vera de un tranvía y entre un ferrocarril á la derecha y otro á la izquierda, por eso que los guasones llaman traducir el camino al pié de la letra. En lo cual, aparte de toda idea de comodidad y aún de molicie, puede haber un cálculo prudente de economía. Porque no hay nada más caro que el andar á pié. Con los zapatos que se rompen, las fuerzas que se consumen, el tiempo que se pierde y lo que se gasta en posadas y tabernas del camino, hay para viajar al vapor cómodamente y ahorrar dinero. Pero esto no quiere decir que no se pueda peregrinar de otro modo, incluso el pedestre que empleaba, según es fama, el seráfico Padre San Francisco.

De Rossini cuentan que detestaba los ferrocarriles, y cuando tenía que viajar, viajaba en silla de posta.

Caprichos de artista y de ricote, que sólo pueden permitirse los privilegiados de la suerte. Así podrá haber también en adelante quien via-

je á pié, por gusto; pero este lujo se lo podrán permitir únicamente los ricos desocupados.

¿Y es un bien esta facilidad de moverse y de andar aprisa? Para los que por raza ó por carácter propenden al reposo y se encuentran muy bien hallados con el Padre Quieto, ese precipitado ir y venir no pasa de ser una molestia inaguantable, una verdadera locura. ¿Para qué ese afán? A los de índole turquesca, moros y cristianos—porque los hay de todas religiones y castas—para quienes la mejor vida es vivir recostado y fumando ¿qué les ha de parecer ese paso redoblado, ese correr vertiginoso? «No hagas hoy—decía un filósofo de aquella ralea—lo que puedas hacer mañana.» Pues aplicando un consejo análogo á eso del movimiento, diría: «No recorras en una hora lo que puedas andar en un día.» Y hasta podría invocar aquel elogio italiano de la pachorra: "*Chi va piano, va sano; chi va sano, va lontano.*" Cierto el que anda de prisa, corre el riesgo de romperse la crisma: y de esto no se puede negar que se da alguno que otro ejemplo.

Pero si la vida se ha de medir, no por el número de horas vividas, sino por la intensidad y abundancia de las sensaciones experimentadas,

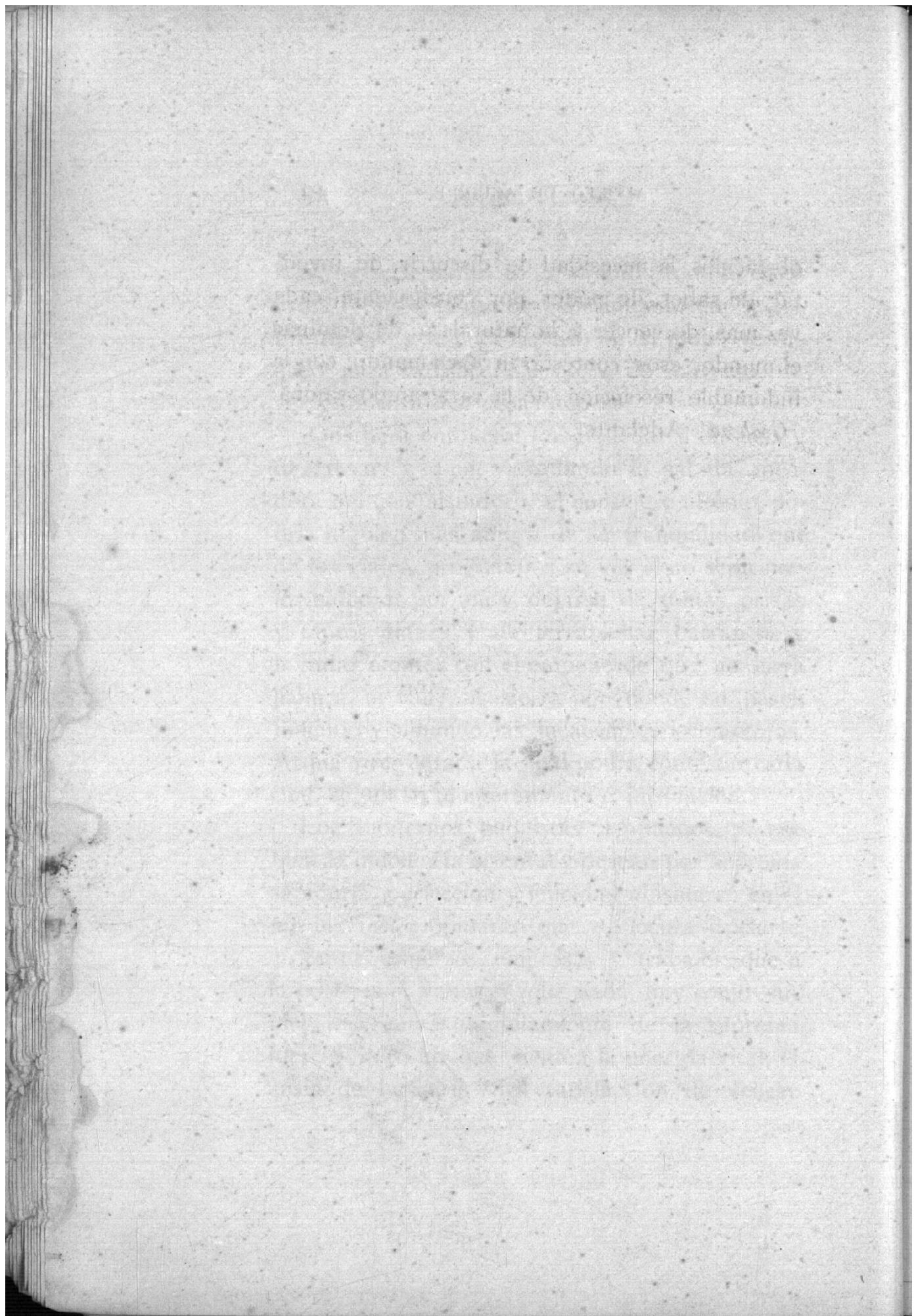
de los pensamientos concebidos y de las necesidades y deseos satisfechos, no cabe dudar que con estas invenciones del día los hombres viven más, aun suponiendo que duren menos. Sus brazos eran débiles: las máquinas han centuplicado su fuerza: su voz no salvaba sino breve espacio, su oido ensordecía para los ruidos lejanos: y ahora, merced al telégrafo, la palabra vuela en un instante á los confines del mundo y se puede seguir una conversación entre antípodas, como antes de ventana,<sup>na ventana</sup> se platicaba con el vecino de enfrente.—Para ir de un punto á otro había que arrastrarse lentamente por la tierra, que parecía inmensa, ilimitada. Reducido horizonte era todo lo que de nuestro planeta podía conocer la generalidad de sus habitantes.—Hoy puede cada cual procurarse por poco dinero aquellas botas de siete leguas con que algunos personajes de los cuentos de hadas recorrían en un dos por tres inmensas distancias. El antiguo *siervo de la gleba*, el hombre encadenado al terruño por la tiranía de la gravitación y los obstáculos de la distancia, ha roto sus ligaduras y resbalando ligero por los carriles que rayan los continentes como hilos férreos de un ovillo inmenso, hendiendo las olas á impulso de hélice, recorre tie-

rras, navega mares; todo lo anda, todo lo escudriña y está á punto de experimentar que le sobra tiempo y le falta espacio en el globo terráqueo para satisfacer su ansia de moverse, de ver y de curiosear cosas nuevas.

¿Qué hará entonces? Pues quedarse en casa y descansar. Y aquí, recordando la sabida anécdota del conquistador y el consejero filósofo, podría alguien más amigo de la tranquilidad que de los viajes, preguntar á su vez si no sería mejor empezar por ahí y dejarse de tantas prisas y tantos afanes y de terraplenar barrancos y horadar montes con el empeño de que no haya llanura, ni valle, ni sierra por donde no pasen bufando y silbando las incansables locomotoras. Ardua pregunta, á la cual podrá contestar cada cual, según su temperamento é inclinación.

Los modernos budhistas á quienes parece bien la indolencia oriental y desean por suprema sabiduría, perfección y felicidad abismarse en el *nirvana* *índico*, opinarán que es locura cansarse en tantos esfuerzos, empresas y trabajos, que á la postre son vanos, y que nada hay como sumergirse en el aniquilamiento de la suprema inercia. Pero los que sienten la energía vital, el ansia de lucha, la viril satisfacción de vencer

obstáculos, la necesidad de discurrir, de inventar, de saber, de poder, por consiguiente, cada vez más, de vencer á la naturaleza, de dominar el mundo, esos contestarán exclamando con la indomable resolución de la raza anglo sajona: *¡Go ahead! ¡Adelante!*





### III.

No á todos entusiasman las transformaciones y adelantos realizados en estos últimos años. El progreso de la industria, de la navegación, de las vías férreas; el vuelo que han tomado las obras públicas; el convertirse en gran ciudad la que fué hasta hace poco tiempo modesta villa; el mejoramiento de los servicios urbanos; el alumbrado eléctrico; relojes en cada esquina; escobas automáticas; red de carúiles por el suelo; telaraña de alambres telefónicos por el aire; trenes á todas horas; incessante *mugir* de sirenas y pitar agudo de vapores, grandes y chicos, río abajo y río arriba; el estribor de gruas poderosas que alargan su pescante, como brazo gigantesco que coge el fardo en la bodega del buque atracado al muelle, lo

/d

levanta en vilo y girando suavemente lo posa en el furgón que ha de transportarlo tierra adentro; denso humear de chimeneas que manchan la claridad del día; resplandores de altos hornos, de brillantes y variados matices que fulguran de noche entre las inmensas obscuras siluetas de las fábricas y fingén en las lejanías del horizonte siniestra reverberación de incendio, sino expléndida iluminación de aurora boreal; arenas y médanos convertidos en maizales, pinares y jardines, entre los cuales agrúpanse graciosamente risueñas casas de campo; astilleros potentísimos, última expresión de la construcción naval en estos tiempos, verdadera oficina de cíclopes *fin de siglo*, cuna ya de ingentes naves de guerra, donde hace poco había estériles playas que ahora resuenan con el fecundo estrépito de otras fábricas y talleres que elaboran, bajo diversas formas, ese prodigioso elemento del progreso humano: el hierro; las entrañas del monte amasadas en bloques enormes que, sabiamente sumergidos en los senos del mar, van formando el colossal rompeolas que ha de abrigar—si Dios dispone como el ingeniero propone—el puerto exterior proyectado en el Abra; el concurso en la obra de la paz y del trabajo, de razas y pueblos diferentes,

que se manifiesta, sin confusión babélica, por la variedad de idiomas, patente en rótulos y anuncios, en el vario parlar que suena por muelles y por calles, alternado de vascuence y de inglés, de francés y de catalán, cuando no de alemán ó de italiano, sobre el fondo común del castellano de todas las provincias de España, desde el indígena de *las siete calles* hasta el que se habla á orillas del Guadalquivir; el aumento de población, visible en la multitud que á todas horas transita por las calles, pasa por puentes, rellena trenes y tranvías, como tiene que suceder en una villa que en su crecimiento ha subido en pocos años de quince mil á sesenta mil habitantes, presentando hoy el carácter de las ciudades norteaméricanas que rápidamente han crecido, como por aluvión, disolviéndose en el raudal de la inmigración forastera el primitivo núcleo bilbaíno; la desaparición de aquel vivir como en familia que antes se usaba entre gentes que todas se conocían, con los nuevos usos, aficiones y maneras que ahora se estilan, propios de una ciudad pujante y rica; el mayor lujo que se gasta: habitaciones espaciosas y cómodas, lindos *hotels* (*palacetes* los llama huyendo del galicismo la insigne escritora D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán),

suntuosamente amueblados, *villas*, *yachts*, carrajes elegantes, soberbios trenes de cuatro caballos, lacayos correctos, caballerizas regias: en suma, refinamientos de *high-life*; todos estos adelantos y bienestar y riqueza conseguidos; el crecimiento y progreso material de la villa, la gallardía de sus empresas y aspiraciones, el conjunto complejo de su nueva vida; vamos, eso que llaman ahora *modernismo*, no ha logrado ganar la voluntad de algunos bilbainos, que, enamorados del antiguo Bilbao (al paso que va la villa puede llamarse antiguo lo de ayer) no aceptan de buen grado su transformación y vuelven todavía los ojos á lo pasado.

Y como esta manera de sentir y de ver merece consignarse, para no omitir en el estudio de lo actual el efecto curioso que en algunas naturalezas, no se si estrañas ó poéticas (para muchas personas viene á ser lo mismo), produce el inevitable cambio de los tiempos y de las cosas, he creido que lo mejor y más eficaz sería publicar la carta que, con ocasión de mis recientes artículos, me escribe un amigo mío, hombre bastante original.

Dice así:

«VILLA-NUEVA DEL NERVIÓN, AGOSTO DE 1891.

Apreciable soñador: se han cumplido tus profecías de los artículos publicados *Al pasar el río*, escritos hace muchos años. Pero francamente, prefería yo el antiguo Bilbao, y estos adelantos modernos me dejan indiferente y triste.

Es indudable que con ellos han ganado unos cuantos mineros y especuladores. Los demás ni vivimos más felices ni gastamos el buen humor de antaño. Cuanto más se tiene, más se quiere. El ansia de mejorar no permite gozar sosegadamente de lo poseído; la perenne inquietud por lograr más, siempre más, no es gozar de la vida; ello lo dice: es *desvivirse* por vivir. ¿Para qué ese afán? Si la felicidad es ilusión irrealizable, já qué multiplicar los caminos de no encontrarla? Lo más seguro es contentarse con poco y no apreciar más horas que las horas serenas.

Los entusiastas por los adelantos modernos, con elocuencia digna de un discurso de distribución de premios ó de brindis de inauguración de ferrocarril, hablais de facilidad de comunicaciones, de maravillas de la industria, de las fuer-

zas naturales convertidas por la ciencia en dóciles esclavas del hombre, etc., etc.

Muy santo y muy bueno. Pero si el curso del tiempo nos arrastra fatalmente á nuestro fin, no veo la ventaja de que nos arrastre tan de prisa, ni soy de los que se consuelan de que el diablo los lleve, si los lleva en coche.

Que ahora se va á Portugalete y Las Arenas, á Valmaseda y á Durango, á todas partes, en ferrocarril, como en volandas, en breve tiempo, á hora fija, entre pitidos y rechinar de herrajes, á cuyo compás danzan en torno árboles y colinas en desfigurada confusión.—Si el viaje es negocio ó mera necesidad de llegar pronto, pase. Pero ¿le queda algo del encanto de nuestras antiguas excursiones? En tus ditirambos de ahora parece que las olvidas.—Acuérdate de cuando, bastón en mano, álbum y lápices en el morral, caminábamos por la costa ó recorríamos las orillas del Nervión y del Cadagua.—Qué alegres mañanas, penetradas de sol y de noreste, qué regaladas siestas, después de la improvisada y sóbria comida, á la sombra de un roble ó refrescados por el hálito de las olas en un ancón de la marina! Volviéranme á mis caminatas juveniles con la robustez y la jovialidad

de entonces y mal año para tus ponderados ferrocarriles!

¿Cuándo proporcionarán éstos con su mecánico rodar la amenidad y el interés de nuestras navegaciones por el río en el bote de Juan? Aquellas travesías á Portugalete, que entonces nos parecía tan lejano, tenían con su variedad y sus sorpresas por aquellas aguas á la sazón menos frequentadas, casi, casi, el atractivo y las aventuras de un viaje de exploración. Pide ahora sorpresas á los trenes. Como no sea un descarrilamiento...

Por supuesto, que de barcos no se hable.—Supongo que no tendrás el mal gusto de preferir los feísimos vapores, que actualmente frequentan tan numerosos este puerto, á las nobles fragatas de tres gabias y á las elegantísimas goletas—tan graciosas y finas como las señoritas que dibuja *Punch*:—cuyo gallardo navegar á vela por el Abra embelesados contemplábamos desde la punta del muelle.—Ni ésta existe ya; porque prolongado el antiguo con la construcción del moderno de hierro, su extremo ha avanzado mar adentro, y es como barco sin balances en medio de las olas; estación deliciosa; lo más hermoso de las obras de encauzamiento de la

ría que, en su parte alta, trocando en muelles las antes irregulares pero pintorescas orillas, le han dado aspecto de canal.

Tampoco te extrañará que no admire tanto como tú *el ensanche*. Cosa hermosa, no digo que no. Tiene calles soberbias, plazas soleadas y alegres... sobre todo mientras no se construya en los solares que la circuyen.—Pero cuando el caserío va ocupando los huecos y se apelmaza levantando sus pantallas de cinco pisos, ya no es lo mismo. Hay que hacer como un amigo nuestro: vivir en lo que él llama el *Far west*, dispuesto á ir más allá en dirección de San Mamés, si nuevas construcciones amenazan con quitarle las vistas y el sol.

Y entretanto, mientras la decoración urbana no sustituya á la belleza campestre desaparecida, muchos rincones de ese campo de batalla, donde luchan por existir huertas y casas, *estradas* y calles, ofrecen lastimoso aspecto de arrabal. Junto á elegantes casitas de campo, hechas para vivir en rural apartamiento, álzanse, afeándolas, altísimos caserones de vecindad; antiguos *palacios* de aspecto feudal púdrense oscurecidos y humillados por las nuevas habitaciones que les vuelven la espalda y abren sobre ellos las ventanas

de sus cocinas, parques y jardines, gala del Bilbao de marras, se ven ahora talados y descuartizados para solares edificables; los que fueron *caseríos* son talleres y cocherones y tabernas, sobre todo tabernas; ruinas vulgares, informes hacinamientos, escombros, materiales de construcción, cosas útiles quizás, pero feas, manchan y ocupan los que fueron prados y *campas* y maizales; y aquel limpio arroyo, luminoso y alegre, que serpenteaba libre por la vega de Abando ¿te acuerdas? nuestro arroyo, el amigo de nuestra juventud... ¿Sabes lo que han hecho con él? Pues le han encerrado ¡horror de los horrores!... ¡en una alcantarilla!... Derramemos una lágrima á su memoria y tapémonos el rostro... y las narices.

De estos cambios no me consolaré nunca. Pues ¿y la caza? Bien se conoce que no sois cazadores los que tanto encareceis el moderno progresar. En las *estradas* de Albia adquirí, cazando *chimbos*, esa noble afición, que contó entre sus devotos al más cumplido caballero español, al ingenioso hidalgo de la Mancha. Más tarde, subido á mayores, cazé alguna perdiz en Arraiz —¡gloria inolvidable!— tal cual liebre en las vegas, *mingorras* en Lamiaco (aunque no tantas